

Mi lid contra el racismo

por Lyndon H. LaRouche

El comité de la campaña presidencial de Lyndon LaRouche circuló ampliamente un devedé por los Estados Unidos, en el que destaca un discurso del candidato denunciando al Comité Nacional Demócrata (CND) por anular la ley de Derechos Electorales de 1965, para excluirlo a él de la dirigencia del Partido Demócrata.

Franklin D. Roosevelt incorporó al “hombre olvidado” de la Gran Depresión al Partido Demócrata durante su campaña presidencial de 1932, cosa de reconstruir la astillada economía estadounidense, pese a la enconada oposición de los poderes financieros de Wall Street. Ahora, el CND ha abandonado a los electores negros y a otras minorías que eran la base del legado de Roosevelt, y que integran el 80% de la población con los ingresos familiares más bajos. LaRouche abordó de modo singular las necesidades urgentes de esos

electores, y la misión que le toca desempeñar a la juventud de la nación en esta crisis, en una sucesión de reuniones, entrevistas y sesiones educativas que sostuvo a principios de mayo con jóvenes en varios estados, desde Kentucky hasta Pensilvania, Arkansas y Alabama. Este artículo pone de relieve esos actos.

Les hablo el lunes 17 de mayo, en el aniversario de *Brown vs. Junta de Educación* (el fallo de la Corte Suprema de los EU que abolió la segregación racial en las escuelas). El sábado pasado estuve en Montgomery, Alabama, donde participé en dos reuniones de grupos de derechos civiles que escrutaban candidatos para ver a quién darle su apoyo en las elecciones primarias a realizarse en ese estado.

Como es natural, uno de los temas que salió a relucir



De izq. a der.: la heroína de los derechos civiles Amelia Boynton Robinson, el precandidato presidencial Lyndon LaRouche y el edil de la ciudad de Talladega, Ed Tucker, almuerzan el 15 de mayo en una reunión de la Comisión de Selección de la Conferencia Demócrata de Alabama.



LaRouche conversa con una activista en la reunión que la Comisión Demócrata de Alabama sostuvo para elegir a su candidato.

en esas reuniones fue el de *Brown vs. Junta de Educación*. Pero también salió a relucir la promulgación de la ley de Derechos Electorales de 1965, misma que el presidente [Lyndon] Johnson respaldó y logró que aprobara el Congreso en base al incidente que ocurrió en Selma, en el camino a Montgomery ese año. Una amiga mía muy querida, Amelia Boynton Robinson, fue apaleada casi a muerte al cruzar ese puente en esa manifestación a favor de los derechos electorales.

Las imágenes de eso que transmitió la televisión nacional alarmaron a la nación, e indujeron la promulgación de la ley de Derechos Electorales ese año.

Lo que la gente ahí parecía no recordar, es que la ley de Derechos Electorales fue *anulada* recientemente por iniciativa del Partido Demócrata. Esto tiene varias implicaciones.

Por qué los demócratas anularon la ley de Derechos Electorales

Primero que nada, el propósito de derogar la ley de Derechos Electorales —lo que hicieron en efecto— era eliminarme a mí de la política. Muchos pensaban que yo representaba un gran peligro para la suerte de política que ellos impulsaban, y querían silenciarme, sacarme de escena para hacer lo que querían. Este fue el acomodo del Partido Demócrata a las iniciativas de Newt Gingrich en ese entonces. Yo representaba una amenaza a esa capitulación y, por tanto, había que dar pasos para eliminarme.

Lo que hicieron fue tomar esta acción, contra la que entablamos una demanda en los tribunales federales, porque habían transgredido, en la forma en que me excluyeron, la ley

de Derechos Electorales de 1965. Lo que sucedió ante una terna de jueces del Cuarto Circuito en Washington, D.C., fue que el Partido Demócrata cambió de postura, y en vez de tratar de defender sus acciones en mi contra, las cuales eran violatorias de la ley de Derechos Electorales, actuó para cambiar la ley, para derogar la ley de Derechos Electorales. El alegato fue que el Partido Demócrata era un club, y este club de propiedad privada podía funcionar en consonancia con los valores de los accionistas.

Ahora bien, los valores de los accionistas fueron, en esencia, el argumento usado para excluir a los electores de ascendencia africana y a otros en tiempos pasados. Ese mismo asunto volvió a plantearse de nuevo ahora. Entonces era conocido como el valor de los esclavistas. Ahora es el valor de los accionistas. Por tanto, lo que sucedió fue que el Partido Demócrata derrocó la ley de Derechos Electorales de 1965 en lo que toca a sus asuntos, y lo ha hecho de forma constante.

El Partido Demócrata, que usa toda clase de frases mentirosas para encubrir lo que me hizo a mí, es, por tanto, de hecho una organización racista.

Esto afecta, por supuesto, los derechos de los ciudadanos de ascendencia africana. Pero también afecta a la mayoría de las personas en la categoría del 80% con los ingresos familiares más bajos, porque el 20% con los ingresos más altos que trata de controlar al partido (de hecho, a ambos partidos), no quiere que el 80% más bajo tenga una voz que pese en la política nacional.

Nos encontramos ahora en medio de la mayor crisis financiera desde 1929–33. La actual, que se nos viene encima rápido, es peor que eso, como pronto experimentarán. La inflación que tenemos ahora, el derrumbe de las bolsas que se vuelcan desde Europa y Japón, significan que estamos en aprietos. El petróleo ahora anda por encima de 41 dólares por barril, y es probable que aumente mucho más. Esto significa un crac.

Ahora bien, cuando ocurre un crac, cuando los sistemas bancarios caen, la pregunta es: ¿quién va a pagar por el derrumbe del sistema financiero? ¿Los especuladores, los especuladores financieros? O, ¿lo hará la gente?

Ese era el asunto allá por 1929–33, cuando [el presidente Herbert] Hoover defendió a los banqueros en contra del pueblo. Franklin Roosevelt tomó el lado del pueblo y fue elegido con el apoyo del “hombre olvidado”.

Privar a los ciudadanos de ascendencia africana de sus derechos constituye una amenaza contra toda la gente en la categoría del 80% de menores ingresos familiares, sea cual sea el color o ancestro que se le atribuya. Esta es la gente que

está amenazada, y el Partido Demócrata es, en un sentido —en este sentido específico—, racista, porque la dirigencia del Partido Demócrata *sabe* lo que ha hecho. Ha revocado la ley de Derechos Electorales de 1965 por *su* propia iniciativa, y ha tratado de hacer valer eso.

El derrumbe económico acelera

También está herido por la forma en que la mayoría de los candidatos han llevado a cabo la campaña: abordando las preocupaciones del 20% de mayores ingresos familiares, y haciéndole caso omiso, o poniendo a un lado —como Gingrich sentó la pauta en cuanto a esto— los derechos del 80% con los ingresos más bajos.

Esta es la suerte de situación que enfrentamos a nivel mundial, y como acabo de decir esta mañana, los informes noticiosos que hoy nos llegan de Europa indican que acelera el ritmo de derrumbe del presente sistema financiero—monetario mundial. Esta situación es relativamente irremediable. No puedo asegurarles o decirles exactamente qué día ocurrirá el crac oficial, pero viene, y viene pronto. Lo que necesitamos en estos momentos de los Estados Unidos es una respuesta al crac como la que debió haber dado Hoover en 1929, más o menos, pero que dio Franklin Roosevelt, en marzo de 1933.

Tenemos que actuar para someter a este sistema financiero quebrado, mal administrado, a una reorganización bajo administración judicial. Tenemos que mantener funcionando a los bancos y a otras instituciones esenciales para la nación; tenemos que conservar sus puertas abiertas. Pero los bancos deben ser intervenidos por el gobierno federal para proteger al pueblo, y para proteger a la nación.

Del mismo modo que Roosevelt hizo allá por 1933 y después, debemos recurrir a la capacidad federal de administrar la economía y de administrar la moneda, para crear un fondo de inversiones de capital, al principio para proyectos de infraestructura a gran escala que pongan a trabajar a suficientes personas, activar suficientes negocios, cosa de elevar la actividad y el ingreso de los hogares y los estados al punto que la mayoría de los estados puedan valérselas con sus presupuestos y cumplir con sus obligaciones.

Al mismo tiempo, tenemos que elevar la economía nacional por encima del punto de equilibrio, donde podamos construir la salida de la crisis. Esto significa infraestructura a gran escala; significa crear empleos en la generación y distribución de energía; en proyectos de gestión de aguas, de los que necesitamos muchos; y en proyectos de transporte público. También significa ayuda a la educación, y en especial la reconstrucción de nuestro resquebrajado sistema de salud, mismo que, de nuevo, ha sido devastado por la ley de Organizaciones de Mantenimiento de Salud. Significa también suministrarle crédito a bancos que pueda que estén ellos mismos en quiebra, pero que tienen que seguir funcionando como instituciones para la administración del crédito en regiones locales, a fin de asegurar que haya fondos disponibles, crédito

disponible, para fomentar el empleo privado en el ambiente creado por la expansión del empleo en la construcción de la infraestructura económica básica.

Eso es lo que tiene que hacerse. Hasta ahora, debido a que la dirigencia de ambos partidos, es decir, los dirigentes de la campaña, ha evadido cualquier discusión de los problemas, ahora nos sumimos en una gran depresión. Y ni Kerry, por ejemplo, ni George Bush, por supuesto, tienen la menor idea o intención de hacer lo que es necesario para capear esta clase de lío. No entienden el problema como lo entiendo yo.

Por consiguiente, no crean lo que dice el Partido Demócrata. Sus dirigentes han actuado como racistas; deben dejar de hacerlo y reformarse a sí mismos. Deberían entender que deben regresar a convertirse en lo que Roosevelt representaba: el partido que representa los intereses del hombre olvidado, el partido que levanta al país y que tiene en mente a toda la gente, y no sólo a parte de la gente.

Esa es la norma que ustedes deben adoptar, y deben hacerlo ahora.

Respuesta al *Washington Post*: la causa del problema de Kerry

por Lyndon H. LaRouche

LaRouche in 2004, *el comité de la campaña de Lyndon LaRouche por la candidatura del Partido Demócrata a la Presidencia de los Estados Unidos, le envió la siguiente carta abierta al Washington Post el 23 de mayo de 2004.*

En la sección “Puntos de vista” de la edición dominical del 23 de mayo del *Washington Post* aparece un artículo de James Mann, quien es miembro del Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales (CSIS, siglas en inglés), sobre el espectáculo de la catástrofe que atrajo sobre sí la propia conducta reciente del senador demócrata John Kerry en su campaña. Los últimos seis párrafos del artículo plantean un asunto importante, sin embargo, lo que hace es contemplar el problema de Kerry en vez de identificar la causa subyacente y corregible de su trágica actuación hasta ahora.

A primera vista, el problema obvio del senador Kerry es que, sin importar qué cualidades más nobles pudiera tener, en estos momentos dichas cualidades se ven sofocadas por la mafia financiera que ahora controla al Comité Nacional Demócrata. El hecho de tales presiones, que su actual equipo de



LaRouche le da una lección a un discípulo más aplicado que Bush (izq.) y Kerry (der.).

campaña ejerce sobre él, pudiera tolerarse en el caso de un boxeador profesional, pero en realidad no hay excusa para semejante conducta sumisa en un hombre comprometido a una profesión diferente, y que pretende convertirse en el presidente de nuestra república en momentos en que nos amenaza la embestida de los problemas decisivos que hoy enfrentamos.

Una persona que se ofrece a convertirse en presidente bajo las condiciones actuales tanto de guerra como de un derrumbe financiero–monetario global que está a toda marcha, no tiene el derecho moral de anteponer su ambición personal de manera oportunista por encima del bienestar de la nación y su población. Como dice el colaborador del *Post*, Mann, el escrúpulo excesivo de Kerry equivale a rehusarse a reconocer, aun ahora, que el empeño personal continuo del vicepresidente Dick Cheney desde 1991–1992, de emprender guerras nucleares preventivas en un país tras otro, constituye ya un desastre más ominoso de lo que resultó ser la pesadilla de Vietnam.

Hasta ahora, a veces Kerry es mucho ruido y pocas nueces. Sin embargo, hay largos períodos en los que ni el ruido se oye.

Yo he escrito y hablado a este respecto en muchas partes. Aquí, recopilo lo más esencial de ese razonamiento en un lenguaje adecuado para el lector típico del *Post*.

El escándalo: ¿por qué no escucha a Roosevelt?

Por ejemplo, ¿por qué Kerry fue tan tonto en 2002 como para unirse a la pandilla de la guerra de Bush? Esa es una de las dos dudas claves que penden sobre la capacidad de juicio de Kerry, que simplemente no se irá cuando empiece la campaña contra Bush y Cheney a fines del verano.

Los “cuarenta dólares el barril” de petróleo es una advertencia de la forma en que se entrelazan los dos asuntos vitales que Kerry desatiende: el derrumbe financiero–monetario en marcha y las realidades de cómo nos metimos en esta guerra contra Iraq. No obstante, una vez que aceptamos que el

desbarre de Kerry en ambos asuntos amenaza con convertir la elección de noviembre de 2004 en una caricatura de su predecesora del 2000, tenemos que ir más allá de las limitaciones personales de Kerry, si es que el electorado ha de arribar a una comprensión adecuada del reto que se les presenta. En tanto Mann tantea la sospecha de esa realidad más profunda, ¿qué nos muestra esto sobre la amenaza que representa la condición mental y moral actual de nuestro célebre sistema bipartidista?

El escándalo en la alcoba política del Partido Demócrata, al que el propio Mann hace caso omiso, es el asunto del repudio desvergonzado del Partido al legado de Franklin Roosevelt. Estamos en una depresión global en marcha, una depresión de una naturaleza sistémica más que meramente cíclica, una depresión que exige una cura sistémica y no el parche de las promesas de “elíjanme y seré bueno con ustedes” que hoy hace Kerry en una campaña desesperada que se desbarata. Si Kerry pretende convertirse en un candidato serio a presidente en algún momento de aquí a noviembre, tiene que enfrentar los retos planteados por la crisis financiero–monetaria mundial actual, la necesidad de tener un nuevo presidente Franklin Roosevelt, el eco de un Roosevelt cuya elección luego probó haber salvado al mundo del imperio mundial nazi de un Hitler apoyado por los sinarquistas, al tiempo que rescató a los propios Estados Unidos de América de la suerte de medidas de austeridad fiscal que hubieran desatado el fascismo en los EUA, como lo hizo por toda Europa en el período de 1922–1945.

Kerry jamás podrá calificar para ser un presidente de verdad, en tanto no enfrente la realidad de que, de hecho, por mi historial, yo soy el único candidato técnica y emocionalmente calificado para el cargo bajo las actuales circunstancias mundiales. Como hay elementos pertinentes de nuestra élite financiera que no sólo me odian, sino que me temen desde que en 1971 desenmascaré al notable profesor liberal pro

schachtiano Abba Lerner en un debate público en Nueva York —y me odian aun con mayor fervor por el papel que tuve en hacer que el presidente Ronald Reagan pronunciara una Iniciativa de Defensa Estratégica—, se han hecho cosas para excluirme de los debates públicos de los candidatos que antes se hubieran considerado moralmente inconcebibles. Estas medidas inmorales incluyen el logro implícitamente racista del Comité Nacional Demócrata, en anular la ley de Derechos Electorales de 1965. Kerry devino el presunto candidato porque supusieron que sería incapaz de tomar la clase de medidas antischachtianas que Franklin Roosevelt usó para defender a los EU de la suerte de toma fascista que, en marzo de 1933, acababa de producirse en Alemania. Por tanto, no es su culpa del todo el que haya mostrado una necia incompetencia en su campaña desde que logró sus victorias en Iowa y Nueva Hampshire; su defecto personal fue la cualidad que hizo que lo escogieran como una persona de los atributos que ahora despiertan una desesperación creciente entre los que tenían la esperanza de apoyarlo.

Cómo el sofismo lleva a la guerra

Las características del “hombre–bestia” típicas del sistema nazi, del modo que se reflejaron en el escándalo de Abu Ghraib, y cómo debieron haberse previsto en el caso de Guantánamo, son la advertencia de lo que representaría la reelección del binomio Bush y Cheney llegado enero de 2005.

Para darle crédito a quien lo merece, un colaborador alemán mío me pidió una noche que revisara su estudio de la obra del historiador alemán del siglo 19 Ernest Curtius acerca de la historia de la antigua Grecia. Los pasajes pertinentes de Curtius sobre la guerra del Peloponeso que mi colaborador citó eran nuevos para mí, y una adición valiosa a mi conocimiento; mas lo planteado por mi colaborador de ningún modo era nuevo. El recuento de Curtius es útil, pero las raíces sistémicas y más profundas del asunto han de encontrarse en otra parte, como por ejemplo en los diálogos de Platón. El destino de Atenas sigue siendo un buen ejemplo del libro de texto de la clase de fatalidad con la que el Gobierno de Bush y Cheney amenazan a los EUA de los próximos meses.

La Atenas de Pericles, entonces la nación principal en la alianza que derrotó la agresión del Imperio Persa, se volvió contra sus aliados en un intento por establecer un imperio ateniense. Estos crímenes contra la humanidad perpetrados por la Atenas de entonces condujeron a la guerra del Peloponeso, misma que destruyó el poderío de Atenas y llevó al proceso de decadencia cultural y moral de la civilización europea, del cual surgió más tarde la perversidad que representó el Imperio Romano.

La referencia que mi colaborador hizo de Curtius apenas ilustró el asunto que los historiadores favorables a la causa de la antigua Roma pasaron por alto, algo que para mí ya era claro desde hace mucho, por mi estudio de décadas de los pitagóricos y la obra de Platón. Fueron esos sofistas de Atenas, del modo que Platón presentó esto en sus diálogos,

los que perpetraron el asesinato judicial de Sócrates, los mismos que expresaban esa corrupción moral de la Atenas de Pericles y Trasímaco, la corrupción del sofista que hizo posible la guerra del Peloponeso. Fue el Trasímaco quien encabezó la fase más desastrosa de esa guerra, y quien hoy está representado en las políticas de los EU bajo el títere de Cheney, George W. Bush. Irónicamente, para aquéllos en el Partido Demócrata que hoy son blandos contra Cheney, el nombre descriptivo de ese partido político sofista era el “Partido Democrático de Atenas”.

Sin embargo, mi colaborador erró en poner un acento estrecho en la atención que Curtius le presta a los sofistas. El mismo reduccionismo fue la cualidad esencial de los eleáticos antes y, después, en esencia, también del método retórico de Aristóteles. Los sofistas, quienes fueron el blanco principal de los diálogos de Platón, sólo fueron una máscara bajo la cual una sucesión de influencias corruptoras llevaron a la antigua Grecia a sufrir los efectos desastrosos de la guerra del Peloponeso y sus consecuencias. Es esa misma cualidad de sofistería de los reduccionistas, de la cual es típico en su peor extremo el legado implícitamente pro fascista del Congreso de la Libertad Cultural. Es el método sofista, que también la secta del Apolo de Delfos y los eleáticos conocían, el que las sectas existencialistas que ahora son tan populares en las universidades expresan al extremo. Es ese método retorcido de argumentación del embustero el que le da su ímpetu filosófico a esa corrupción de la vida política estadounidense bajo el mandato del alto sacerdocio del populismo de los órganos de difusión.

Hoy, la raíz de la sofistería la representa la actitud de hacer un comentario que se adopta como guía para seguir una tendencia aparente de los acontecimientos, en vez de actuar para que entre en vigor un desenlace definido de forma veraz. Es la búsqueda de una explicación en preparación para someterse a lo que se presenta como “inevitable”, en vez de actuar para hacer que lo que es necesario suceda, lo que representa la forma en la que los crímenes negligentes de la sofistería se difunden hoy en los EU y otras partes. La sofistería es sólo una forma de racionalizar esa variedad particularmente repugnante de oportunismo.

Los sofistas que perpetraron el asesinato judicial de Sócrates no sólo eran típicos de la misma tradición que ha dominado cada vez más la cultura política estadounidense desde el inicio oficial de la guerra estadounidense en Indochina después de Kennedy, y la siniestra reunión de Nixon en Biloxi, Misisipí, en 1966. Para nosotros, la guerra de Cheney será como revivir la guerra del Peloponeso, a menos que elijamos a un presidente que nos libre de ese Trasímaco reencarnado que la tradición del profesor Leo Strauss y el régimen de Bush controlado por Cheney representan hoy.

La única esperanza es, o que yo sea el candidato, o que Kerry, si lo eligen como tal, acepte mi guía respecto al mejoramiento de su conducta en un grado que, de otro modo, rebasaría de forma manifiesta su capacidad actual.